

El pensamiento de Mac Kinley y su influencia en la configuración de la política exterior norteamericana del siglo XIX

Gloria Abella Armengol*

Introducción

Este trabajo tiene como objetivo analizar, en sus rasgos más generales, lo que podría considerarse uno de los momentos más importantes en la historia de los Estados Unidos y las repercusiones que, a nivel de política exterior, se produjeron a raíz de la transición entre el capitalismo de libre competencia y el capitalismo monopolista. Este objetivo, sin embargo, se ha particularizado al análisis, también en forma muy general, de la administración republicana de William Mac Kinley, vigésimoquinto presidente de los Estados Unidos.

La importancia de estudiar los planteamientos de Mac Kinley reside en que, a nuestro juicio, constituyen la síntesis de las concepciones prevalecientes en el siglo pasado sobre el papel del Estado norteamericano en lo interno e internacional. Además, en ellos se incorpora la visión reclamada por los cambios estructurales que se dieron en la economía norteamericana en aquel entonces, los cuales determinarán, en lo fundamental, las políticas que en materia internacional han seguido los Estados Unidos en el siglo XX.

1. El "Tiempo" de William Mac Kinley

Sería imposible comprender en toda su magnitud el pensamiento de William Mac Kinley y su influencia en la configuración de la política exterior norteamericana del Siglo XX si no se contara, en primer término, con una visión de carácter general del "tiempo histórico" en el cual este personaje ocupó la presidencia de Estados Unidos.

"1898 conforma (y deforma) a los Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX", señala

José Luis Orozco en su libro *Las Primicias del Imperio*.¹ Y en efecto, por más de una razón, el final del siglo XIX constituyó un momento decisivo para Estados Unidos y, sin temor a caer en exageraciones, representó también una etapa crucial para la historia mundial.

Al decir de los clásicos del marxismo es en ese tiempo cuando se definen las nuevas bases en las cuales habrá de sustentarse la acumulación de capital a escala mundial durante el siglo XX, al abrirse camino una nueva fase en el desarrollo del capitalismo, que trastocaría estructuralmente tanto el proceso productivo como las relaciones sociales y el papel del Estado en la sociedad nacional e internacional. El tránsito del capitalismo de libre competencia hacia una nueva expresión del capital caracterizada en lo fundamental por el surgimiento de los monopolios, dio origen a un sistema de dominación que penetró en su esencia a las estructuras económico-políticas de aquellos países en donde el "despegue industrial" condujo necesariamente a un replanteamiento del papel que habrían de jugar en el futuro los espacios.

En la segunda mitad del siglo XX se producen los cambios fundamentales en la estructura de la economía norteamericana, los cuales predominarán, en lo esencial, a lo largo del presente siglo. Hasta ese momento, los Estados Unidos era un país predominantemente agrícola, por lo cual los productos manufacturados eran importados de Gran Bretaña y de la Europa Continental: sus exportaciones básicas —tabaco y algodón— se realizaban por los Estados del Sur que, utilizando la mano de obra esclava, podían alcanzar una producción en gran escala capaz de cubrir el mercado de exportación. Los Estados del norte, en cambio, tenían como base productiva principal

* Jefe de la División de Educación Continua, de la FCPS y profesora en el área de relaciones internacionales.

¹ Orozco, José Luis, *Las primicias del imperio, testimonios norteamericanos 1898-1903*, México, Premiá, p. 7

a pequeños propietarios, quienes alcanzaban una producción limitada destinada básicamente al autoconsumo y a cubrir el mercado nacional.²

A partir de los años sesenta se presentan una serie de cambios en Estados Unidos, los cuales darán origen a una auténtica revolución económica. En lo fundamental, el crecimiento de la producción industrial y el acelerado crecimiento demográfico conformarán una nueva estructura económica, que tendrá repercusiones en todo el cuerpo social y en las concepciones políticas sobre el papel del Estado en la sociedad norteamericana y en las relaciones internacionales. Algunos datos sobre el particular resultan sumamente ejemplificativos: entre 1860 y 1890 la población de Estados Unidos se triplicó; el proceso de urbanización se aceleró y entre 1880 y 1900 la población urbana se duplicó. Quizá, como lo menciona Cole, el signo más claro de la rápida industrialización de Estados Unidos sea el aumento de la producción de carbón, la cual en 1860 era inferior a 15 millones de toneladas. Esa cifra se duplicó en la década siguiente, nuevamente creció al doble en la inmediata y otra vez más en la sucesiva, alcanzando cerca de 160 millones de toneladas en 1890. Asimismo, la producción de hierros de lingote se triplicó entre 1850 y 1870 y se quintuplicó entre 1870 y 1900. El valor de las manufacturas norteamericanas, según los resultados del censo se duplicó entre 1860 y 1910. En el mismo período el valor total de las exportaciones se quintuplicó y el de las importaciones llegó a más del cuádruplo.³

De esta forma, el ideal jeffersoniano de consolidar una democracia agraria en Estados Unidos, sería definitivamente desplazado por la gran explosión de carácter industrial que recorrería las entrañas de la economía norteamericana:

A las dos generaciones de la muerte de Jefferson el valor de los productos manufacturados norteamericanos triplicó al de los productos agrícolas, y para 1910 los Estados Unidos ya habían avanzado en la dirección que había deseado Alexander Hamilton, hasta tal punto que habían llegado a ser la mayor potencia industrial del mundo. Cuando el censo de 1920 registró más de nueve millones de asalariados en las fábricas que producían artículos por valor de cerca de 62 millones de dólares, y que más del 50% de la población se apiñaba en ciudades y poblados, seguramente Hamil-

ton pudo cobrarle ciertas apuestas a Jefferson en los Campos Eliseos.⁴

La revolución económica vivida por Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX fue el resultado, entre otros factores, de la creación y ampliación del mercado interno, que gracias a la construcción y extensión de la red ferroviaria, permitió la comunicación entre las zonas rurales y los centros comerciales, además de fomentar el crecimiento de las ciudades. Al triplicarse la producción entre 1860 y 1920, los ingresos aumentaron a un ritmo más rápido generando una demanda más amplia, y por ende una mayor expansión industrial que se aceleró aún más, con la aplicación de la energía eléctrica y la introducción de la máquina de combustión interna. Se propició así, el surgimiento de empresas que comenzaron a operar a escala nacional, dedicadas muchas de ellas a la creación de bienes de producción para el proceso productivo de otras compañías. A finales del siglo la gran empresa se había constituido ya en la unidad básica productiva del sistema y las industrias más dinámicas de la economía estaban dominadas por un reducido número de empresas gigantes que contaban ya con grandes organizaciones nacionales de producción y distribución.⁵

La organización empresarial que surgía difería cualitativamente de la que existió hasta antes de la Guerra Civil de 1861. Después de la Independencia, la actividad económica se regía esencialmente por las reglas de la economía de mercado, en la cual la mayor parte de los productores actuaban individualmente, o a través de pequeñas empresas en donde la competencia se daba básicamente en los precios. Al término de la Guerra Civil, comienzan a surgir las grandes empresas que gracias a fuertes inversiones de capital logran eliminar a los pequeños productores de la competencia capitalista. El proceso de concentración tuvo su centro fundamentalmente en la industria en donde surgen los grandes monopolios, ya sea por la eliminación de otras empresas o bien por la fusión de varias empresas.

La concentración se intensifica a medida que la industrialización progresa, pudiendo afirmarse que éste es, sin duda, el dato más característico del desarrollo económico de los Estados Unidos y, en general, de la economía mundial, a partir especialmente de 1870. Al respecto tiene interés recordar que, mientras que el número de industrias manufactureras en norteamérica, incluyendo numerosas empre-

² Cole, G.D.H., *Introducción a la historia económica 1750-1950* México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios (129), 1957, p. 94.

³ *Ibidem*, p. 99.

⁴ Eliot Morison, Samuel, Henry Steel Commager y William E. Leuchtenburg, *Breve Historia de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 447.

⁵ *Ibidem*.

sas artesanales, sólo aumentó de 252, 148 en 1859 a 253, 852 en 1879, las inversiones de capital en el mismo período se elevaron de 1964 a 2,790 millones de dólares, el número de trabajadores de 2,054,000 a 2,733,000 y el valor de la producción de 3,386 a 5,369 millones de dólares.⁶

Es de sobra conocido el caso de la Standar Oil, primer consorcio petrolero y fuente de fortuna y poder de D. Rockefeller, el cual constituye uno de los clásicos ejemplos de la nueva organización empresarial capitalista:

Se construyó alrededor de un gran recurso natural: prosperó mediante la astuta manipulación de la tecnología y la administración científica; combinó el control de casi toda la actividad que afectara su bienestar: materias primas, transportes, venta al menudeo y al mayoreo, y finanzas; tenía profundos intereses en operaciones en ultramar; influía y quizás corrompía procesos políticos; inspiraba y frustraba las leyes anti-trust y la jurisprudencia; amasó fortunas para sus fundadores y beneficiarios...⁷

A la Standar Oil pronto siguió el nacimiento de otros grandes consorcios que prácticamente invadieron todos los campos de la actividad económica y de servicios: la US Steel, la Amalgamated Cooper Co., La American Sugar Refining Co., la American Tobacco Co., La United States Rubber Co., La United States Leather Co., la Palace Car Co., todas con un capital mayor a 50 millones de dólares. En ningún campo, la concentración fue más importante que en los transportes y las comunicaciones. Para el fin del siglo, la mayor parte del negocio ferroviario estaba en manos de seis grupos. En el terreno financiero, pronto surgieron también grandes corporaciones como la Casa Morgan que diversificó sus actividades con participación en empresas como la International Harvester Company, la American Telephone and Telegraph, la General Electric; con el control de más de una docena de grandes bancos entre los que se cuentan el Hanover, Chase, First National y otros, así como su participación en las compañías de seguros más importantes del momento: la New York Life, la Mutual Life y la Equitable.⁸

La "nueva mentalidad empresarial" y por supuesto el carácter expansionista que necesariamente asumiría la organización monopolística de la

actividad económica, es claramente expuesta por David Rockefeller, cuya empresa absorbía a finales del siglo pasado el 95% de la refinación del petróleo, además de ejercer el control-casi total de los transportes y de la distribución comercial:

Yo atribuyo el triunfo de la Standar a su continua política de mantener en grande el volumen de su negocio, mediante los méritos y la baratura de sus productos. No ha ahorrado gasto para descubrir, asegurarse y utilizar los métodos mejores y más baratos de fabricación. Ha buscado los mejores superintendentes y trabajadores, y pagado los mejores salarios. No ha vacilado en sacrificar maquinaria y plantas anticuadas para poner mejores y más nuevas. Ha colocado factorías en los puntos en que podían abastecer a los mercados con menor gasto. No sólo ha buscado mercados para sus principales productos, sino para todos los posibles subproductos. No ha dudado en invertir millones de dólares en métodos para abaratar el almacenamiento y la distribución del petróleo mediante oleoductos, vagones-tanques. Ha levantado estaciones-tanques en toda estación importante de los ferrocarriles para abaratar el almacenamiento y la entrega de sus productos. No ha escatimado gastos para llevar sus productos a los mercados mundiales, entre todos los pueblos, civilizados como incivilizados. Ha tenido fe en el petróleo de los Estados Unidos y ha reunido millones de dólares con el propósito de hacer de ella lo que es, y mantener sus mercados contra la competencia de Rusia y de los muchos países que compiten contra el petróleo norteamericano.⁹

Simple y grandilocuente la apología al surgimiento del monopolio. Ante este fenómeno, la reacción de la opinión pública norteamericana poco a poco va convirtiendo en hostil su admiración o ignorancia del proceso en que vivía Estados Unidos. Sin embargo, la realidad es terca. La agresiva posición que se genera en un principio contra los monopolios es seguida de una virtual aceptación de sus existencia buscando controlarlos a través de una legislación que, por la naturaleza del fenómeno que encaraba, estaba destinada al fracaso. En 1980, la Ley Sherman se convierte en el eje de la legislación antimonopolista norteamericana,¹⁰ sin embargo,

... la ley Sherman sólo fue invocada siete veces por Harrison, ocho por Cleveland y tres por Mac Kinley, y todas estas acusaciones fueron ineficaces. Durante el gobierno de Mac

⁶ Aguilar Monteverde, Alonso, *El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965, p. 38.

⁷ Elliot Morison, Samuel, *op. cit.*, 457.

⁸ *Ibidem*, pp. 458-459.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Aguilar Monteverde, Alonso, *op. cit.*, p. 40.

Kinley se formaron más combinaciones de negocios que nunca antes"¹¹

En realidad como afirman Eliot Morison y Henry Steele,

. . . los norteamericanos se encontraban ante un dilema. Por una parte, su tradición exaltaba el individualismo e idealizaba al empresario independiente; por otra parte, todas las fuerzas de la tecnología, que los norteamericanos tan profundamente admiraban, parecían cantar las loas de la organización en grande escala. Si el pueblo realmente hubiese deseado derribar a los trusts, habría podido hacerlo fácilmente a base de impuestos. Pero al desear lo mejor de uno y otro extremo, el mundo pastoril del Siglo XVIII y el mundo tecnológico del Siglo XX, se contentó con gestos simbólicos. Acalló sus escrúpulos morales emprendiendo, de vez en cuando, escaramuzas ritualistas contra los trusts.¹²

Sin embargo, el asunto va más allá de una cuestión de voluntad.

El intento. . . de ilegalizar a los monopolios, se enfrenta no sólo a empresas poderosas, capaces de emplear toda clase de expedientes legales e ilegales para hacer prevalecer sus intereses, sino a un proceso histórico irreversible. El nacimiento del monopolio no es un rasgo peculiar del desarrollo económico de los Estados Unidos: es una nueva fase en el desenvolvimiento del capitalismo, la fase que acompaña a la concentración y centralización del capital en grande escala, y en que el sistema económico pasa propiamente de un régimen de libre concurrencia, en que el mecanismo del mercado —de los precios y las ganancias— opera de manera más o menos espontánea y general, a uno en que el gran empresario, primero industrial y después financiero, elimina a sus competidores, impone sus condiciones y empieza a rebasar las fronteras nacionales en busca de poder y riquezas.¹³

Avalar la afirmación anterior de Alonso Aguilar no significa adoptar una posición analítica que suponga un "determinismo histórico" que, por irracional, podría convertirse en incomprensible. Simplemente es preciso ubicar el fenómeno en sus justas dimensiones para poder comprender el proceso que vivía la sociedad norteamericana de finales del siglo pasado y la necesaria redefinición conceptual que de ello se derivó. Es en ese contexto en el que la figura de William Mac Kinley,

vigésimoquinto presidente de Estados Unidos, adquiere una importancia relevante como la expresión política de un cambio estructural que se gestaba en la economía norteamericana y que, a nivel de la política exterior, habría de sentar las bases de lo que serían las dos tendencias centrales de la política internacional de ese país; expansionismo e intervencionismo.

2. Las bases del gobierno gerencial

En 1896, William Mac Kinley es electo presidente de los Estados Unidos. Su ascenso a la presidencia marcaría el inicio de la supremacía del Partido Republicano en el poder por un largo tiempo: en el transcurso de los siguientes 16 años, los republicanos controlarían ambas Cámaras del Congreso y, durante los 36 años siguientes, los demócratas sólo ganarían en tres elecciones al Congreso.¹⁴

La crisis que atravesó la economía norteamericana en 1893 constituyó una excelente coyuntura para librar una batalla con un transfondo que rebasaba los límites de una simple contienda electoral entre demócratas y republicanos. A fin de cuentas lo que el pueblo norteamericano resolvió en esos años fue el optar por un nuevo estilo de vida y por un nuevo proyecto de nación: aquel que proponían los representantes de los grandes intereses manufactureros, es decir, del naciente capital industrial y financiero que finalmente derrotaba al viejo orden agrario junto con el liberalismo económico. Henry Adams es particularmente agudo en sus observaciones al respecto:

Durante un siglo el pueblo norteamericano había dudado, vacilado, avanzado y retrocedido entre dos fuerzas: la una sencillamente industrial, la otra capitalista, centralizadora y mecánica. . . El problema se condensó en el del patrón oro y la mayoría se declaró de una vez y para siempre en favor del sistema capitalista con toda su inevitable maquinaria.¹⁵

Para 1893, la economía norteamericana presentaba lo que podría caracterizarse como los clásicos signos de una crisis de un patrón de acumulación que tendía al agotamiento: depresión agrícola que afectó tanto el poder adquisitivo de los consumidores como los ingresos de uno de los sectores más dinámicos de la economía de aquel entonces, el ferrocarril; colapso del mercado exterior con las consecuentes repercusiones en la industria y el comercio; proceso especulativo de los grandes consorcios industriales y

¹¹ Eliot Morison, Samuel, *op. cit.*, p. 461.

¹² *Ibidem*, p. 401.

¹³ Aguilar Monteverde, Alonso, *op. cit.*, p. 40.

¹⁴ Eliot Morison, Samuel, *op. cit.*, p. 458.

¹⁵ *Ibidem*, p. 552.

financieros; problemas monetarios vinculados con el asunto de la plata que condujeron a que muchos acreedores europeos lanzaran sus valores al mercado utilizando el oro de la nación. En pleno verano de 1893 el pánico estaba en su auge: el número de quiebras declaradas en ese año fue de más de 15 000.¹⁶

Durante la crisis, dos cuestiones constituyeron el punto central de las discusiones acerca de la política económica de la administración demócrata de Cleveland: el asunto de la plata y la política de los aranceles.

Sobre el primer punto, el problema se vinculaba, por una parte, con la merma en las reservas de oro del Estado y, por la otra, a la pugna entre los llamados platistas y aquellos que presionaban por el establecimiento del patrón oro. En cuanto al primer punto, a pesar de que la política monetaria del gobierno de Cleveland relevó al Departamento de Estado de la obligación de comprar plata, éste hubo de enfrentar el asedio de los tenedores de certificados que reclamaban la conversión de estos en oro: esto produjo un drenaje en las reservas de oro del Estado que las hizo disminuir no sólo por debajo del límite fijado en 100 millones de dólares sino que amenazó con acabar con ellos.¹⁷ En relación al segundo punto, la lucha entre los platistas y populistas encabezados por Bryan y los grandes intereses manufactureros, con Mac Kinley y Hanna al frente, habría de desembocar finalmente en el triunfo de estos últimos que lograrían imponer la supremacía del patrón oro.

La segunda cuestión importante, es decir, la política de los aranceles, enfrentó a la administración de Cleveland a serias dificultades y constituyó uno de los puntos primordiales de ataque por parte de los republicanos. La fuerte disminución de los ingresos del gobierno, fue provocada no solamente por la fuga de oro, sino también por la fuerte baja en los ingresos del gobierno, en virtud de los aranceles existentes. El arancel Mac Kinley, redujo el rendimiento de las aduanas que de un superávit en el año de 1890 se convirtió, en 1894 en un déficit de setenta millones. La administración demócrata en un intento por resolver este asunto propuso la eliminación del arancel Mac Kinley y su sustitución por el arancel Wilson-Gorman (28 de agosto de 1894) que redujo en un diez por ciento aproximadamente el nivel general de los aranceles (del 49.5% al 39.9%).¹⁸

William Mac Kinley y su promotor y asesor, Marcus Alonzo Hanna, obtuvieron un alto bene-

ficio de la crisis y de las decisiones de la administración demócrata, aprovechando la oportunidad para plantear la "nueva alternativa" que requerían Estados Unidos. Mac Kinley declaraba, en septiembre de 1894, sobre la crisis:

El Presidente Demócrata (Grover Cleveland) y el Congreso Democrático han estado a cargo del funcionamiento del gobierno a lo largo de dieciocho meses, tiempo durante el cual muy poco de todo lo demás ha funcionado. La industria ha quedado prácticamente paralizada. El trabajo ha hallado escaso empleo y, cuando lo ha hallado, se le ha sujetado a salarios considerablemente reducidos. Tanto el gobierno como el pueblo han estado drenando sus reservas y ambos han estado operando con endeudamiento. El gobierno ha visto mermados sus ingresos fiscales y el pueblo sus ingresos personales. Las pérdidas totales para el país en términos de negocios, propiedad y salarios exceden el cálculo humano. El desperdicio de la riqueza y los salarios no ha cesado; en ninguna parte ha surgido la alegría, la luz o la esperanza. El descontento y la zozobra han sido universales, los llamamientos a la caridad nunca habían sido tantos ni tan incesantes, como nunca tampoco se había evidenciado tanto y dondequiera su necesidad.¹⁹

Mac Kinley reivindicaba, desde luego, a los empresarios nacionales y centraba sus ataques hacia el gobierno de Cleveland en la política arancelaria que éste había puesto en práctica:

Tras dieciocho meses de estéril agitación, y no contentos todavía con la ruina que han acarreado, se muestran aún renuentes para conceder cualquier tregua o ayuda a los intereses empresariales del país. Continúan y renuevan constantemente su amenaza de todavía más cambios, cambios todavía más perjudiciales en nuestros catálogos arancelarios.²⁰

La respuesta republicana en este sentido era clara:

¿Cuál será vuestro veredicto? —sostenía Mac Kinley—. Una victoria demócrata significa adoptar pasos nuevos y mayores en dirección al libre comercio —hacia reducciones más graves y reverses morales para nuestra vida industrial—. Una victoria Republicana —una Cámara Republicana de Representantes— significa que durante la segunda administración del Presidente Cleveland los enemigos del sistema

¹⁶ *Ibidem*, p.p. 544-545

¹⁷ *Ibid*, p. 545

¹⁸ Orozco, José Luis, *Las Primicias del Imperio*, op. cit., p. 44

¹⁹ Mckinley, William, "On the Gorman Tariff" (discurso del 8 de septiembre de 1894 en Bangor, Maine), citado en José Luis Orozco, *Las Primicias del Imperio...*, op. cit., p. 44.

²⁰ *Ibidem*, p. 46

proteccionista serán incapaces de hacerle exitosamente la guerra a la prosperidad del país. ¿De cuál lado votaréis —por el de más guerra o por el de menos guerra?. En favor de mayores ataques contra las industrias nacionales que aún están funcionando o en favor del incremento de la industria nacional?²¹

Para Mac Kinley y sus seguidores no quedaban dudas: Estados Unidos tenía que caminar hacia el fortalecimiento industrial y para ello era necesario levantar la bandera del proteccionismo, no sólo como una plataforma de carácter electoral, sino como la piedra angular que permitiría el fortalecimiento de los grandes consorcios norteamericanos. Mac Kinley encarnaba el proyecto que llevaría a consolidar las tendencias hacia la concentración, centralización e internacionalización de la economía norteamericana. Su trayectoria en el Congreso y sus vínculos con la Asociación Nacional de Manufactureros hacían de Mac Kinley el hombre idóneo para ocupar la Presidencia de los Estados Unidos:

“Héroe de ese nacionalismo industrial, William Mac Kinley (1843-1902) es en el plano político el más conspicuo y el más fiel representante de los grandes intereses manufactureros del país. Solemne, como si posara siempre para la inmortalidad, Mac Kinley conjunta los hábitos del militar y del abogado para convertirse, tras su elección al Congreso (1876) y sus cinco reelecciones ulteriores en el perfecto guardián legislativo del proceso de consolidación y concentración monopolista. Su posición como chairman del comité presupuestario (Ways and Means) del Congreso le deja diseñar en 1890 una ley arancelaria que lleva su nombre y que constituye el punto más alto del proteccionismo norteamericano. Para él, electo gobernador de Ohio en 1892, la crisis de 1893 es adjudicable sin matices al liberalismo del gobierno demócrata. No importa que la ley Wilson-Worman aligere tan sólo un poco las tasas anuales, que el Presidente Cleveland no la suscriba y, más que nada que sea aprobada en agosto de 1894; lo que importa es que el maniqueísmo arancelario de Mac Kinley pasa atacándola a su siguiente etapa lógica, el imperialismo al que apunta la fundación de la Asociación Nacional de Manufactureros. Corregir el liberalismo económico presupone empero corregir el malestar social a través del paternalismo de la legislación laboral (y la represión a secas de la huelga del carbón exigida por la imparcialidad arbitral de Mac Kinley); presupone incluso denunciar al comunismo del dinero mal adquirido (manera de llamar a

los ricos indistinguibles cuya maldad los hermana con los comunistas); presupone en suma integrar un historial que en las elecciones presidenciales de 1896 silencie toda duda de que el candidato republicano Mac Kinley es el ‘agente avanzado de la prosperidad’.²²

Política, gobierno y empresa, significan para Mac Kinley una unidad indisoluble. Al igual que él, Marcus Hanna, que venía patrocinando la presidencia de Mac Kinley desde 1890 y que era lo más parecido a un ‘cacique’ nacional,²³ estaba firmemente convencido de que Estados Unidos debería ser gobernado por los empresarios. Para Hanna los republicanos tenían la misión de promover la actividad de los negocios:

Prototipo del potentado inescrupuloso de las caricaturas políticas de su tiempo, industrial del carbón, el hierro y la navegación que se vincula a Mac Kinley desde los inicios de su carrera pública, Hanna no es solamente el manager de la decisiva campaña presidencial de 1896: Hanna es el forjador de la base social del imperialismo norteamericano y quien engrana su Mercado, su Estado y su Sociedad Civil. De sus buenos oficios se desprende la corporativización del capital y el trabajo que culmina en 1900 con la Federación Cívica Nacional.²⁴

A propósito de la iniciativa de ley presentada al Congreso sobre la marina mercante, Hanna expone con toda claridad su pensamiento gerencial de los asuntos del gobierno y la nación:

Si, en aras del bienestar supremo de la nación, en aras de sus necesidades marítimas complementarias, en aras de nuestra expansión comercial, queremos estimular a nuestros ciudadanos para que inviertan su dinero en naves construídas, poseídas, capitaneadas y tripuladas por nuestros propios ciudadanos, debemos asegurarles una ganancia razonable. De otra forma, ellos invertirán su dinero donde aquella les sea asegurada. Al capital no tiene por qué importarle que esta iniciativa de ley sea aprobada o no. Al trabajo debería importarle. A la nación le importa.²⁵

Para Mac Kinley queda claro el papel que debería desempeñar el Estado como promotor de los negocios. En su discurso pronunciado ante los

²² Orozco, José Luis, *Las Primicias...*, op. cit., p. 13.

²³ Eliot Morison, Samuel, op. cit., p. 548.

²⁴ Orozco, José Luis, *Las Primicias del Imperio...*, op. cit., p. 14.

²⁵ Orozco, José Luis, *Las Primicias del Imperio...*, op. cit., p. 104.

miembros de la Asociación Nacional de Manufactureros en enero de 1898 en el que señala:

apenas si necesito recordaros que no nos reunimos como extraños. Ni vuestra organización de negocios ni vuestras reuniones son de manera alguna desconocidas para mí. He estado con vosotros antes, no como invitado, como ahora, sino más bien en calidad de anfitrión.²⁶

Mac Kinley define su visión acerca de la relación entre negocios-Estado y el importante papel que éste debe desempeñar como base de sustentación de la organización empresarial:

Las políticas nacionales pueden fomentar la industria y el comercio, pero queda a la gente el proyectarlos y ejercerlos. Si esas políticas estimulan el desenvolvimiento y la energía industrial, puede sin riesgos confiarse en la gente para que haga el resto. No obstante, el gobierno está restringido en su poder de promover la industria. Puede ayudar al comercio, pero no crearlo. Puede ensanchar y ahondar sus ríos, mejorar sus puertos y desarrollar sus grandes vías fluviales; pero los barcos que navegen y las mercancías que transporten deben ser suministrados por la gente. El gobierno puede gravar fiscalmente de tal manera que discrimine en favor de las empresas nacionales, pero no puede establecerlas. Puede celebrar tratados comerciales que abran a nuestros manufactureros y expertos agrícolas los puertos de otras naciones. Puede negociar convenios recíprocos para el intercambio de nuestros productos y los de otros países. Puede ayudar a nuestra marina mercante al darle alicientes a nuestra gente para que construya barcos para el comercio. Puede asistir de toda manera que sea lícita a la empresa privada para unir los dos océanos mediante un gran canal. Puede hacer todas esas cosas, y debe hacerlas; pero, haciéndolas todas, el resultado carecería de eficacia de no hallarse reforzado por la energía, la iniciativa y la industria de la gente.²⁷

En suma, los planteamientos de Mac Kinley más que responder en sentido estricto a una coyuntura como la que planteó la crisis de 1893, constituían la expresión de un fenómeno que por sus características y profundidad conducirían a la sociedad norteamericana a un cambio de carácter estructural que necesariamente llevaría a redefinir las formas de dominación interior y exterior del Estado norteamericano.

3. Expansionismo e intervencionismo: bases de la política exterior norteamericana

Los cambios estructurales que se dieron en la economía norteamericana a finales del siglo pasado y las repercusiones que ello tuvo en el ejercicio del poder político se tradujeron paralelamente en un replanteamiento de las bases de la política exterior de Estados Unidos. El triunfo de los intereses de los grandes consorcios financieros e industriales sobre el conjunto de la sociedad norteamericana, condujo a sus representantes en el gobierno a rescatar con fervorosa pasión la célebre doctrina del "destino manifiesto" que imponía a Estados Unidos ampliar sus dominios y establecer una política exterior más agresiva:

Ideológicamente, y ante el desbancamiento del *laissez faire* por la universalización de los monopolios, la empresa se cifra en la búsqueda del nuevo dinamizador de las nociones expansionistas populares del destiny y frontier.²⁸

Este carácter expansionista de la política exterior norteamericana se ha expresado básicamente en dos terrenos: en el militar y en el de las inversiones de capital. Bajo el ropaje de la "misión-civilizadora" y la "racionalidad histórica", Estados Unidos sustentó ideológicamente una política intervencionista que se tradujo en una redefinición de la importancia de los "espacios", adquiriendo estos un carácter "vital" para la defensa de los intereses norteamericanos en el mundo.

Por lo que toca al campo de las inversiones de capital en el exterior, es ampliamente conocido que éste constituye precisamente uno de los rasgos característicos del desarrollo del capitalismo en su fase imperialista. Por medio de la inversión extranjera directa, que comienza a cobrar importancia precisamente a finales del siglo pasado y que se convierte en la forma dominante de la exportación de capitales, Estados Unidos logró resolver el problema de sus excedentes de capital e imponer a escala mundial un patrón de acumulación que respondía básicamente a sus necesidades de expansión.

México, Centroamérica y el Caribe fueron las zonas prioritarias para la expansión norteamericana a finales del siglo pasado y principios del actual. A partir de 1880, las empresas de Estados Unidos comenzaron a establecerse en Cuba, Puerto Rico, Centroamérica y México en torno a la producción de materias primas. En el caso de Cuba, los intereses económicos norteamericanos habían aumentado de manera muy importante: el comercio con este país había sobrepasado la

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ Orozco, José Luis, *Las Primicias del Imperio...*, op. cit., p. 9

²⁸ Orozco, José Luis, *Las Primicias del Imperio...*, op. cit., p. 9

marca de los 100 millones y los negocios navieros que dependían de tal comercio habían crecido también considerablemente. Sin embargo, el caso de Cuba representaba para Estados Unidos una pieza clave desde el punto de vista estratégico debido a que el Caribe se convertía cada vez más en el principal objetivo de la expansión norteamericana. Mahan señalaba: "una cosa es clara: el mar Caribe es la clave estratégica de dos océanos: el Atlántico y el Pacífico, o sea de nuestras principales fronteras marítimas".²⁹

La guerra con España en 1898 constituyó una excelente coyuntura para que Estados Unidos pusiera en marcha su política de expansión e intervención, avalada, desde luego, por el espíritu del destino manifiesto. En vísperas de la declaración de guerra a España, el *Washington Post* publicaba en sus páginas:

Nos enfrentamos a un extraño destino. El sabor del imperio está en la boca del pueblo, así como el sabor de la sangre en la selva. Significa una política imperial; la república renaciente ocupará su lugar con las naciones armadas.³⁰

El incidente que aprovechó Estados Unidos para justificar su intervención militar en Cuba es bien conocido: el 15 de febrero de 1898, el crucero norteamericano "Maine", que se hallaba en el puerto de La Habana, explotó inesperadamente. El hecho se atribuyó a España y a las pocas semanas el gobierno norteamericano lanzó un ultimatum al gobierno español que sería la antesala de la guerra.³¹

El 11 de abril de ese año, William Mac Kinley dirigió un mensaje al Congreso en el cual exponía los motivos de lo que él mismo calificó como "intervención":

Primero: *por la causa de la humanidad* y para poner a fin a las atrocidades, el derramamiento de sangre, el hambre y las terribles calamidades que hoy ocurren en Cuba y que los partidos en lucha o no pueden o no desean detener o mitigar. No admitimos como respuesta que se nos diga que ello ocurre en otro país perteneciente a otra nación y que, por lo tanto, no nos incumbe intervenir. *Por hallarse ese país a nuestras puertas, la intervención constituye nuestro deber por encima de todas las cosas.*

Segundo: *tenemos la obligación de proporcionar a nuestros ciudadanos en Cuba la protección y la indemnidad a sus vidas y a su pro-*

piedad que ningún gobierno puede o quiere allí proporcionar y con ese fin debemos terminar con las condiciones que los privan de protección legal.

Tercero: *el derecho de intervención puede justificarse en razón del daño extremadamente grave que se inflige al comercio, la industria y los negocios de nuestro pueblo* y por la desenfrenada destrucción de la propiedad y la devastación de la isla.

Cuarto e importantísimo: *la situación actual de los asuntos en Cuba constituye una constante amenaza para nuestra paz* e impone a este gobierno una enorme erogación. Para nuestra paz, ese conflicto sostenido por años en una isla tan cercana a nosotros y con la cual nuestro pueblo mantiene relaciones comerciales y de negocios, representa una constante amenaza que nos obliga a mantenernos en pie de guerra a medias con una nación con la cual no existe estado de beligerancia. Ello *porque las vidas y la libertad de nuestros ciudadanos se encuentran en constante peligro y porque su propiedad se destruye y ellos mismos se arruinan; porque nuestros barcos mercantes están sujetos a ser capturados y son capturados en nuestras mismísimas puertas por los navíos de guerra de una nación extranjera.*³²

El discurso de Mac Kinley no deja lugar a dudas. Constituye la expresión, no de guerra contra un país enemigo, sino de las bases en que habría de sustentarse la política exterior norteamericana a lo largo del Siglo XX. Es la síntesis que recoge, recupera y suma los argumentos que permitieron a Estados Unidos, en el siglo pasado, anexarse más de la mitad del territorio mexicano. Mac Kinley asume la historia y la política de expansión territorial que bajo los argumentos de la "protección a la vida y propiedad de los ciudadanos norteamericanos" llevaron a Joel Poinsett, Anthony Butler, Buchanan, J. Polk y otros más, a mantener una línea de constante agresión hacia México, refiérase al caso de Texas, a la guerra de 1848, a los problemas fronterizos o al asunto del reconocimiento de gobierno.

Sin embargo, en el discurso de Mac Kinley Estados Unidos no se queda en el pasado: el "destino manifiesto" se expresa a través de otras formas dictadas por la lógica de las nuevas circunstancias impuestas por el desarrollo del capitalismo. Se explicita una nueva concepción de las fronteras en la cual los límites territoriales, en sentido estricto, pierden su validez. "Por hallarse este

²⁹ Aguilar Monteverde, Alonso, *op. cit.*, p. 48

³⁰ Elliot Morison, Samuel, *op. cit.*, p. 594

³¹ Aguilar Monteverde, Alonso, *op. cit.* p.

³² Mckinley, William, Mensaje al Congreso del 11 de abril de 1898, citado en José Luis Orozco, *El testimonio político norteamericano: 1890-1980 - Una Antología General*, México, SEP/UNAM, 1982, p. 82.

país a nuestras puertas, la intervención constituye nuestro deber por encima de todas las cosas": "nuestras puertas" son para Mac Kinley lo que hoy para Reagan constituye la "tercera frontera". La soberanía nacional se convierte en un concepto retórico al cual debe imponerse, ante todo, la defensa de los "intereses vitales" de los Estados Unidos en el mundo.

"La causa de la humanidad" que llevó al gobierno de Mac Kinley a intervenir en Cuba es la misma "causa" por la que Estados Unidos se ha abrogado el derecho a intervenir en los asuntos internos de cualquier país que no se somete, en mayor o menor grado, a los dictados de su política imperial. Constituye la base de lo que bajo distintos nombres —*Big Stick*, Doctrina Truman, Buen Vecino o reaganismo— ha sido una constante de la política exterior norteamericana: la intervención. Intervención que, según las circunstancias, se manifiesta económica, política o militarmente y que en el fondo —por cierto, no tan en el fondo— mantiene como fundamento el hecho de que Estados Unidos debe preservar sus espacios.

Con respecto al caso de Cuba Mac Kinley señalaba en 1898:

Quando posteriormente se demuestre que existe en la isla un gobierno capaz de cumplir con las obligaciones y desempeñar las funciones de una nación independiente y que cuente en la realidad con las formas adecuadas y los atributos de nacionalidad, tal gobierno puede ser expedita y fácilmente reconocido, ajustándose a ello las relaciones y los intereses de los Estados Unidos con esa nación.³³

No es otro sino éste el argumento que utilizaría Woodrow Wilson para justificar su intervención en México durante todo el movimiento revolucionario que estalló en 1910; no es muy diferente tampoco a las justificaciones dadas por Ronald Reagan para intervenir en Granada. En el caso de Cuba se trataba todavía de una nación que luchaba por su independencia de la metrópoli colonial y en la que los Estados Unidos "deciden" cuáles son las "obligaciones y funciones de una nación independiente"; en el caso de Granada, ideológicamente se arguye la presencia de la Unión Soviética y la defensa de la libertad contra el comunismo; más, ambas, como otros tantos casos con los que se podría ejemplificar, tienen un significado unívoco para Estados Unidos: el "deber" de defender las condiciones materiales que permitan sostener y ampliar la reproducción del capital a escala mundial.

Mac Kinley sostuvo también en aquella ocasión que:

La racionalidad justifica la intervención obligada de los Estados Unidos como el neutral que detiene la guerra de acuerdo a los grandes dictados de la humanidad e invocando los numerosos precedentes históricos en los que han intervenido los Estados vecinos para impedir el inútil sacrificio de vidas causado por las contiendas intestinas más allá de sus fronteras.³⁴

En 1898, el saldo de la guerra contra España fue altamente benéfico para Estados Unidos. El Tratado de París, selló el dominio norteamericano sobre Filipinas, la Isla de Guam y Puerto Rico permitiéndole contar con una base estratégica en Oriente. El "destino manifiesto" era la tesis y la explicación que sustentaban al intervencionismo. A propósito de ello el senador Albert J. Beveridge señalaba:

Dios no hizo al pueblo americano la fuerza más poderosa de todos los tiempos simplemente para que se alimentara y muriera. Dios no concedió a nuestra raza el cerebro de la organización y el corazón del dominio sin propósito y sin fin. No. El nos ha asignado una tarea a la altura de nuestras aptitudes. El ha elegido un destino para nosotros a la altura de nuestras cualidades. El nos ha hecho los señores de la civilización para que podamos administrarla. Una administración así es necesaria en Cuba. Y Cuba y las Filipinas nos pertenecen.³⁵

Sin embargo, el caso de la intervención de los Estados Unidos en Cuba rebasa con mucho los límites de un análisis casuístico. La administración de William Mac Kinley constituye no sólo el tiempo de encuentro entre dos siglos sino lo que es aún más importante y determinante, el tiempo en el que se sientan las bases conceptuales en las cuales se asume el pasado y se definen las futuras líneas que habrán de constituir el eje primordial en el que se sustenta la política exterior de Estados Unidos. Ideológicamente, se recupera al "destino manifiesto" y la "misión civilizadora" de Estados Unidos; en la práctica, constituye la argumentación para sostener al sistema capitalista y permitir la existencia de condiciones para la expansión y reproducción del capital a escala mundial.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Beveridge, Albert J., "The Greater Republic or Imperialism", citado en Orozco, José Luis, *El testimonio político norteamericano*, op. cit., p. 82.

³³ *Ibid.*

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Aguilar Monteverde, Alonso, *El Panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson*, México, Cuadernos Americanos, 1965
- Cole, G.D.H., *Introducción a la historia económica 1750-1950*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, Breviarios (129)
- Eliot Morison, Samuel, Henry Steel Commager y William e. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 3a. ed., 1987
- Orozco, José Luis, *Las primicias del imperio, testimonios norteamericanos 1898-1903*, México, Premiá, 1984
- Orozco, José Luis, *El testimonio político norteamericano: 1890-1980. Una antología general*, México, SEP/UNAM, 1982
- Orozco, José Luis, *Henry Adams y la tragedia del poder norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, Breviarios (386)
- Orozco, José Luis, "La teoría pura del imperialismo norteamericano", *Relaciones Internacionales, México, UNAM, F.C.P. y S.*, Centro de Relaciones Internacionales, vol. XI, julio-diciembre 1984, núms. 33-34, pp. 9-49.